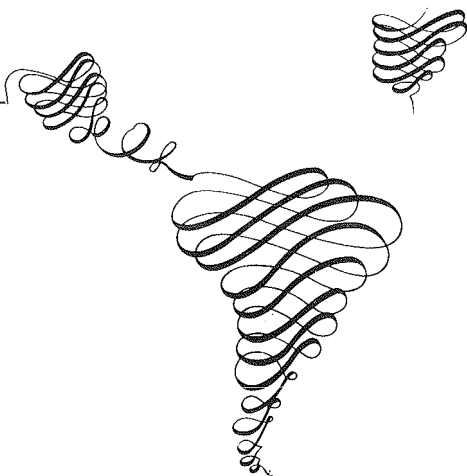




Racismo y xenofobia en España, ¿hasta cuándo?

A lo largo de las últimas semanas, raro es el día en que la prensa no se hace eco, desgraciadamente, de alguna explosión de xenofobia en algún lugar de Europa. Entre nosotros tenemos casos sangrantes recientes repartidos por la geografía española. Lo mismo que en Alemania. Titulares llamativos de prensa reabren el problema. «Los pobres nos invaden», «violencia contra el extranjero», «la política de asilo en la encrucijada»...

A lo largo de 1992 se han producido en Alemania unos 1.800 ataques a extranjeros y algunos de ellos han terminado en asesinatos.

El racismo y la xenofobia se pueden considerar desde una orilla, desde los que llaman a la puerta pidiendo se les abra.

Se ha recordado ya que España, hasta no hace mucho, ha sido un país que emigraba. El «milagro español» se producía en una época de desarrollismo económico, con un 6-7 por 100 de crecimiento del PIB y coexistía con o, más bien, era alimentado por ese casi millón y medio de españoles que entre 1959 y 1973 marchaban a países europeos y remitían desde allí una parte sustanciosa de sus ahorros. Algo parecido

puede decirse también de Europa, tierra de emigración. A lo largo del XIX, europeos marchaban a América y Oceanía para encontrar allí unos medios de vivir y trabajar que no encontraban de hecho en Europa. Esa tendencia se invierte en el viejo continente hacia 1960 cuando se produce la expansión económica en los países del Norte y el centro de Europa. La política de puertas abiertas, de recibir con facilidad a españoles, italianos y portugueses en un primer momento, y a yugoslavos y turcos en segunda fase, sufre un brusco parón con la crisis energética y la guerra de 1973.

El que emigra, y nos referimos muy principalmente al emigrante económico mucho más que al refugiado político, tiene unas razones muy concretas.

En los países que «exportan» mano de obra se da actualmente un crecimiento demográfico muy alto. La población de las riberas del Mediterráneo meridional y oriental crecerá aproximadamente, entre 1985 y 2020, en unos 170 millones de personas. En esos años la población activa dará un salto de 97 a 228 millones. Estas cifras chocan más llamativamente con el bajísimo crecimiento demográfico de los países comunitarios. Si el nivel necesario para asegurar el relevo generacional se calcula en un 1 por 100 aproximadamente, la tasa de crecimiento comunitario estaba en 1990 en un 0,3 por 100 anual. En la década de los 90 la comunidad aumentará su población en unos dos millones, mientras que los países al Sur del Mediterráneo aumentarán en más de cien millones. «Es ilusorio pensar —escribe un estudio de la Comisión de la CE— que el flujo migratorio pueda atenuarse, sino que más bien será al contrario». En una situación así, es muy fácil —casi resulta obligado— dejarse atraer por países y situaciones que se prometen mucho más atractivos. Emigrar para conseguir en otras tierras un nivel de vida algo mejor ya que las condiciones en casa resultan insostenibles.

Desde dentro

PARECE necesario reflexionar ahora sobre los que estamos dentro, al otro lado de la puerta. Al que

llama ¿se le ha de abrir? ¿a cuántos y cómo? ¿Hemos de abrir la puerta para recibir a los emigrantes o, por el contrario, blindar nuestra casa para conservar el nivel actual y estar atentos para que los de fuera no se cuelen por la entrada de servicio?

Se suele hablar en este contexto de «racismo». Hay muchas clases de racismo. Si se prefiere, el término «racismo» va adquiriendo configuraciones diversas al paso del tiempo. Quedan relativamente lejos aquellos «estudios» de finales del XIX que creían haber descubierto algunas diferencias genéticas las cuales explicaban los grados diversos de desarrollo y de comportamiento de grupos humanos. Aludimos a los estudios y al concepto de «raza» en algunos teóricos de la Alemania nacional-socialista. No hay razas superiores e inferiores. Se admite hoy pacíficamente que las diferencias físicas externas no provienen de diferencias genéticas radicales.

HAY otros racismos hoy aunque no sean «biológicos». Y no menos discriminadores que aquél. Y el más común y extendido es el racismo que desconfía, desprecia y aun odia al inmigrante que llega hasta nosotros. Se han hundido las democracias socialistas del Este y la carencia los empuja a buscar donde vivir un poco menos mal. Muchos latinoamericanos —el término «sudaca» está embadurnado de racismo— a costa de hipotecas inmisericordes quieren encontrar alivio en Europa a la miserable vida en sus aldeas. Africanos acuden en riadas al viejo continente, aunque sólo sea para poder comer un poco mejor. Ante ellos el español y el europeo sienten la necesidad instintiva de levantar muros, admitir a los nuevos con cuentagotas y, con los que ya han entrado, legal o ilegalmente, mantener las distancias para proteger, no sólo nuestra identidad y cultura, sino nuestro nivel de vida y nuestras costumbres. Es ahí donde podemos adentrarnos en el análisis de los elementos patógenos que desatan las reacciones de xenofobia.

Conocidos etólogos, que han estudiado los comportamientos humanos y los han comparado con el mundo animal, han

llegado a describir al hombre como un «egoísta genético» (Ch. Vogel). A semejanza de los animales, también el ser humano marca las lindes de un terreno en que pueda sentirse seguro, que defenderá frente a potenciales intrusos. Es cierto que la persona no se reduce a pura biología, pero también es verdad que en el misterio de cada «yo» humano hay un sustrato biológico que sustenta y condiciona. Y —otra vez los etólogos— la tan predicada fraternidad universal contradice aquella regla biogenética que afirma que el altruismo hacia el propio grupo corre parejo con la enemistad hacia los grupos ajenos. Aquellos que han sufrido la costosa recuperación de las posguerras, la española o la europea, con facilidad echarán en cara a los emigrantes/refugiados que invaden nuestro continente o los estados de Europa occidental: «a nosotros no nos fue fácil. No penséis que ahora se os va a regalar el bienestar».

¿Hay salida?

SERÍA engañoso esperar a que se cambiasen favorablemente todas las circunstancias de fuera para modificar, sólo entonces, las propias actitudes interiores. La circunstancia y el entorno, en cierto modo, son hijos de nuestras decisiones.

Resistir al racismo (xenofobia y desconfianza discriminadora de los extranjeros) exige todo un cambio de mentalidad y de actitudes de la propia persona. Implica estar dispuesto a intentar corregir, en el ámbito en que se mueve cada uno, el abismo Norte-Sur, aunque estas palabras puedan resultar demasiado sonoras. ¿Qué fundamento presentable se puede encontrar para encerrarnos a la defensiva de nosotros mismos y repeler, con aversión y aun odio más o menos maquillados, a los extranjeros que buscan aquí pan y trabajo?

Oponerse al racismo no es una cuestión de caridad sino de justicia. Sólo desde esta actitud global se pueden abordar las medidas concretas. Es claro que alguna regulación jurídica y controladora tiene que haber y es comprensible que los estados dicten leyes de extranjería. Lo que no está tan claro es la

justificación de una ley de extranjería como la española, que es una de las que más trabas pone al asentamiento de extranjeros entre nosotros. Grecia, país con una renta inferior a la española, admite un cupo de emigrantes mucho mayor que el nuestro.

Piénsese de qué manera se puede ayudar, rápida y eficazmente, a los que solicitan asilo. Simplifíquense los trámites que eviten laberintos kafkianos: no se concede permiso de residencia si no se tiene contrato de trabajo, pero no se puede firmar un contrato hasta que no se tenga permiso de residencia.

UN antiguo padre de la Iglesia, Ambrosio, escribió hace muchos siglos: «La tierra está ahí para todos, no sólo para los ricos». Las corrientes migratorias no van a cesar. No vamos a pensar que el remedio consista en electrificar las fronteras de Europa o en levantar nuevos muros para repeler el flujo migratorio. Parece probable que se vaya generando una Europa con distintas culturas minoritarias aunque importantes.

*La antigüedad nos ha transmitido dos visiones muy distintas de las relaciones humanas. Plauto escribió que «el hombre es un lobo para el hombre» (**Homo homini lupus**). En cambio Séneca, en las **Epistulae morales** decía que «el hombre es algo sagrado para el hombre» (**Homo sacra res homini**).*

El racismo y la xenofobia se adhieren fanáticamente a Plauto. Los cabezas-rapadas quedarán aislados cuando no puedan contar con el silencio cómplice de la mayoría, que, al no gritar ni actuar, parece estar de acuerdo. España no es, ciertamente, un paraíso convivencial pero la mayoría no somos —o al menos, no nos creemos ni queremos ser— una cuadrilla de xenófobos racistas. Si nos sentimos y queremos estar mucho más cerca de Séneca que de Plauto, ¿por qué no empezar a vivirlo ya en la realidad de cada día?